

# EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.



ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE ANTONIO PÉREZ,

SECRETARIO DE ESTADO DEL REY FELIPE II.

LIPE II.

ARTÍCULO 4.º (1).

En medio de estas peligrosas intrigas apareció en la corte un personaje que complicaba mas hondamente los enredos del Secretario de Estado. Juan de Escovedo acababa de llegar inesperadamente de Flandes donde le detenía su destino al lado de D. Juan de Austria, gobernador de aquellas provincias. Su venida era un paso audaz que disgustó fuertemente al rey y alarmó con razon á su valido.

Tiempo hacía que miraba Felipe II con desconfianza, si bien con indulgencia, los aventurados designios de su bastardo hermano. La ardiente sangre de Carlos V corría en las venas de aquel joven activo y sediento de ambicion. Despues de la batalla naval de Lepanto, deshecha la armada de los turcos y liber-

tada la Europa de su formidable poder, inflamó D. Juan de Austria su pecho con deseos mas levantados de lo que su nacimiento pedia. Su nombre corrió el mundo en alas de tan señalada victoria; y ya se figuraba en su orgullo rotos losdiques que le separaban de un trono, término de sus altivos y constantes pensamientos. Sus pretensiones, si bien exageradas, eran naturales en su génio y en su posicion. Las alabanzas que le prodigaban los venecianos, las atenciones del Santo Padre, las lisonjas de la Francia y la fortuna que acompañaba sus empresas le inspiraban la mas alta idea de su propio valor y bastaban para desvanecer una cabeza mas firme y madura que la suya. Tanto los aliados como los enemigos de Felipe contribuían á alimentar una ambicion que amenazaba embarazar con graves disturbios los temibles intentos del rey de las Españas.—D. Juan de Austria amaba por aficion y por cálculo la guerra: el ruido de los campamentos era su delicia; y abría las filas de sus valientes tercios á todos los aventureros de Europa. Los que aborrecian la paz de sus casas, los que anhelaban una fortuna debida á

Mayo 2 de 1841.

(1) Véanse los números 9, 10, 11 y 12. Tomo I.—13.



su valor, todas las gentes bulliciosas é inquietas corrian á alistarse bajo sus banderas, conociendo que su belicoso humor no gustaba del reposo de la paz y que donde él estuviese era fuerza haber mudanzas y alteraciones. El rey que habia tomado sobre sí la responsabilidad de su fortuna cuando, en vez de hacerle eclesiástico como lo dejó mandado su padre, le abrió la carrera de las altas empresas, procuró enmendar sus errores, utilizando sus talentos y proporcionándole reputacion y gloria.

Para esto desde el principio procuró rodearle de personas de valía. En vida del príncipe Ruy Gomez y por su consulta y consejo, diósele por secretario á Juan de Soto, hombre de antiguos servicios, de probada esperiencias y que habia señalado su aptitud en el despacho del reino de Nápoles. Entendido, como pocos en el arreglo de la hacienda militar, marchó á reunirse con el príncipe en Granada para dar fin al sitio de los levantados moriscos. Conociendo pronto el carácter franco y vanidoso de su señor, supo ganar su gracia con oportunas lisonjas, haciéndole concebir empresas aventuradas, pretensiones desconocidas que disgustaron al rey. El príncipe de Eboli advirtió á Antonio Perez y á Escovedo amigos y allegados de Juan de Soto que su fortuna corria peligro si no refrenaba algun tanto su indiscreto proceder.

Finalizada la guerra de Granada, acompañó Soto á D. Juan de Austria á Italia, conservando su destino y ayudándole con sus consejos en las empresas gloriosas á que dió fin. La guerra en el reino de Tunez iba á empezar, y el rey, avisado con la esperiencia de su padre, despues de muchas consultas en consejo de Estado y de acuerdo con su parecer, resolvió que se desmantelase la ciudad. Juan de Soto que tenia presentes en su memoria el poder é importancia de la patria de Anibal, deseoso de hacer á su señor igual á los primeros reyes del mundo, inflamó su juvenil imaginacion, prometiéndole que desde Tunez alcanzaria el dominio de toda el Africa. Metrópoli y centro comercial del Mediterráneo, la nueva Cartago, atrayéndose el afecto de los vencidos y resucitando con el auxilio de la Europa una civilizacion muerta, debia levantar un imperio cristiano y poderoso en las riberas profanadas por la media luna. Persuadió para esto el irreflexivo secretario á D. Juan de Austria que, desatendiendo las órdenes de Madrid, solicitase del Papa la erección de este nuevo reino, interponiendo su mediacion con Felipe II para que espidiese el título de rey de Tunez á favor de su hermano. Pio V, agradecido al vencedor de los turcos, comisionó eficazmente á su nuncio en España, Monseñor Ormaneto, para ayudar cerca del monarca á los deseos de D. Juan.



Mucho disgustó á Felipe no haberte-  
nido noticia alguna de proyectos  
semejantes; pero disimulando sujus-  
to enojo, mandó esponer á Su Santia-  
dad en términos corteses el sen-  
timiento que le cabia por no poder  
acceder á sus súplicas, manifestán-  
dole las poderosas razones que se  
oponian á tan aventurado plan, y  
agradeciéndole con dulces palabras  
el amor que mostraba á su her-  
mano.

Entretanto D. Juan de Austria,  
en vez de obedecer las órdenes que  
se le habian comunicado anticipada-  
mente, mantuvo la ciudad y reino  
de Tunez, añadiendo fortificaciones,  
é introduciendo para guardarlas las  
mejores fuerzas de Italia, su artí-  
lleria, municiones y pertrechos de  
guerra. No la dió á saco como le  
estaba prescrito, siguiendo los con-  
sejos de Juan de Soto que queria  
fundar sobre aquel un nuevo rei-  
no. Las consecuencias de su indis-  
crecion fueron las que habia pre-  
visto el rey. Sinam-bajá y Aluch-  
Alí, gracias á desórdenes y descui-  
dos de los cristianos, combatieron y  
ganaron la goleta y el fuerte, á  
pesar de la heroica resistencia de  
los italianos y españoles. Los tur-  
cos adquirieron preponderancia, y  
la reputacion de D. Juan padeció  
mucho. Antonio Perez y Escovedo  
fueron juntos á ver al rey: espusié-  
ronle los perjuicios que traia á su her-  
mano la compañía de Juan de Soto,  
y lo urgente que era separarle  
de su lado para evitar los peligros

de sus consejos. Felipe II, despues  
de meditarlo maduramente, resol-  
vió dar al príncipe secretario mas  
seguro, nombrando para este des-  
tino á Escovedo; pero por no dis-  
gustar á su hermano que habia to-  
mado aficion á Juan de Soto, nom-  
bróle Proveedor general de la Ar-  
mada.

Recibidas las instrucciones del  
rey y las mercedes con que le  
plugo agradecerle, partió Escovedo  
cerca de D. Juan de Austria. Los  
principios de su servicio corres-  
pondieron al fin de su asistencia; pe-  
ro, á medida que ganaba el afecto del  
príncipe, iba siguiendo las huellas y  
empeñándose en el camino de su im-  
prudente antecesor. Manteniendo in-  
teligencias con algunos cardenales,  
seguia en Roma negociaciones mis-  
teriosas de que no daba cuenta al  
monarca y que recataba de sus  
agentes. Iba y venia con notable  
frecuencia á la corte pontificia, so-  
color de comisiones ordinarias de  
D. Juan; pero advertíase que per-  
manecía mucho tiempo y procura-  
ba entrevistas secretas con altos  
personajes.

Bien fuese por resentimiento de  
la reserva que usaba Escovedo en  
sus proyectos, bien por zelo en fa-  
vor del servicio, Antonio Perez dió  
parte al rey de sus sospechas, lla-  
mando su atencion sobre las comu-  
nicaciones del comendador mayor  
de Castilla, D. Diego de Zúñiga, que  
desempeñaba la embajada. Por aquel  
tiempo determinó Felipe enviar á



Flandes á su hermano; y obediente D. Juan de Austria admitió tan delicado gobierno, despachando desde Italia á Escovedo para que arreglase en Madrid las provisiones, conductas y requisitos concernientes á la jornada. Mientras que cumplia su comision, avisó el Nuncio á Antonio Perez que habia recibido un despacho en cifra de Su Santidad en que le mandaba que interpusiese oficios con el rey para la pronta realizacion de la empresa de Inglaterra, de modo que fuese Don Juan acomodado en aquel reino, todo en la manera y forma que Escovedo lo pidiese. El secretario de Estado prometió el secreto que se le exigia pero dió al punto cuenta al monarca. Aunque disgustado por esta doble conducta, mandó el rey á Antonio Perez que participase á Escovedo lo que habia pasado con el Nuncio, procurando indagar sus intenciones é informándose del punto á que las trazas habian llegado. Entonces, de acuerdo ambos Secretarios, formaron una instruccion para dirigir al obispo de Padua en sus oficios á favor del príncipe.

Con suma calma oyó el soberano al embajador del Santo Padre, despidiéndole con palabras afectuosas, pero esquivando todas las ocasiones de compromisos. Impaciente D. Juan con la tardanza, aportó á Barcelona con dos galeras, desatendiendo el precepto de su rey que le mandaba salir directamente desde Italia para los Países-Bajos sin to-

car de modo alguno las costas españolas. Pesar recibió Felipe de su desobediencia; pero disimulando con su reserva habitual, recibiólo afablemente y oyó con atencion sus pretensiones. Dejóse para ocasion mas favorable el trato de su establecimiento como Infante de España; y tocando al punto de la expedicion á Inglaterra, díjole terminantemente el rey que si se acababa con felicidad la guerra de Flandes y venian los Estados en que saliesen por mar los soldados extranjeros que ocupaban el territorio, holgaría que con ellos se hiciese la prevenida jornada. Animaba así Felipe al ambicioso jóven, quien, arreglado lo necesario para su empresa, partió en compañía de Escovedo para los Países-Bajos.

Aunque penetrado de las inmensas dificultades que el negocio le ofrecía, hubiera consentido el rey en casar á D. Juan de Austria con la desdichada reina de Escocia. María Stuart, prisionera á la sazón de su hermana Isabel, mantenía una correspondencia activa y secreta con el monarca español, gefe del catolicismo europeo y enemigo implacable de la orgullosa Inglaterra. Con el auxilio de los papistas oprimidos, ayudado de las armas espirituales de Roma, esperaba Felipe II invadir con sus tercios de Flandes el territorio, y rescatar en Lóndres á la desgraciada cuanto imprudente María. Su matrimonio con D. Juan resucitaba sus fundadas pretensiones al



trono de Enrique VIII, y las fuerzas españolas, echadas en la balanza de la guerra civil, hubieran decidido irremediamente la cuestion á favor del catolicismo. Neutralizado y sujeto el inquieto poder de los ingleses, la marina española reinaba sin rival en todos los mares; al paso que la reforma religiosa, perdiendo su mas firme columna, iba á espirar abatida á los pies del protector de la antigua iglesia. Asi pues, si bien precipitaba sus proyectos el vehemente anhelo de su hermano, obedecía tambien en este caso el monarca español al impulso de la fé católica y al interés bien entendido de sus reinos.

El príncipe de Orange penetró pronto el secreto de los preparativos de D. Juan de Austria. Conociendo que su prestigio y su valor podrian al cabo afirmar la paz en las provincias flamencas, cuya irritacion iba á cesar en gran parte con la salida de los soldados extranjeros; previendo que, bajo cualquier desenlace de los proyectos políticos del gabinete de Madrid, quedaba comprometida la suerte de la Holanda, trató de neutralizar con su astucia la fortuna de su contrario. No consintieron los estados la salida por mar de la gente de guerra, y, falta de este apoyo, dispóse como el humo la empresa que alimentaba los dorados sueños de don Juan. Los bandos, las alteraciones renacieron en los Países bajos, al ver que pesaba sobre ellos la insufri-

ble carga de los extranjeros aborrecidos que, no pudiendo ya llevar su inquieto ardor á la expedicion de Inglaterra, no debian tampoco, por razones de conveniencia pública y sobre todo por la voluntad interesada de su gefe, derramarse por los dominios pacíficos de Italia.

Despechado D. Juan con la pérdida de sus esperanzas desvanecidas, volvió á anudar desde Flandes sus inteligencias é intrigas con la corte de Roma. Ya no se trataba de Maria Stuart; aspirábase á la mano de la orgullosa Isabel. Creia el Papa que una vez casada la poderosa reina con el jóven vencedor de Lepanto, el influjo de su marido bastaria á hacerle abjurar los errores de la reforma, atrayendo á sus pueblos con su ejemplo é influjo á la antigua comunión del apostolado romano. Volvió á hablar el Nuncio á Antonio Perez de estos proyectos y á interponer sus oficios con el rey: súpose entonces que habia recibido D. Juan de Austria breves, bulas y aun dinero de la santa Sede para dar cima á sus planes: y mientras tanto ni un despacho, ni una carta confidencial habia avisado al monarca de los arriesgados tratos del ambicioso príncipe. Sea que creyese realmente á Escovedo alma y guia de los designios de D. Juan, sea que estuviese alarmada su prevision, el Secretario de Estado pintó con vivos colores al rey los perjuicios que al lado de su hermano podian causar hombres tan



imprudentes y desleales como el que entonces era el consejero de sus negocios. Felipe II, no queriendo romper decididamente con el príncipe, y esperando llevar á buen puerto con dulzura su ambicion, encargó á Antonio Perez que le escribiese, contándole lo que pasaba, y como si nada supiese el rey de sus intentos. Hizolo asi, reprendiendo al propio tiempo á Escovedo por la reserva que guardaba en asunto de tal cuantía.

Tal vez iba en todo de acuerdo el secretario de Estado con el monarca; tal vez por medio de un juego doble, denunciaba al rey las intrigas de D. Juan al paso que lisonjeaba su ambicion: pero es indudable que el príncipe, confiado en su eficacia, le envió en cifra varios despachos para que procurase de todas maneras impedir que la jente de Flandes volviese á Italia segun lo acordado por el Consejo; ofrecíale tambien considerables regalos, y aun dícese que fué aceptado alguno. En sus respuestas, asegurábale Antonio Perez que hacia oficios cerca del soberano para conseguir sus deseos; y los soldados entretanto no salian, como debieran, de las provincias de Flandes.

Con su habilidad acostumbrada propaló el príncipe de Orange entre sus partidarios la noticia del casamiento de D. Juan con la reina de Inglaterra. Parecíale que con tal traza lograria desacreditar al ca-

pitan enemigo y, perdiéndole en el ánimo del rey, conseguir que le quitasen el gobierno de los Países-Bajos. Asi en este delicado asunto uníanse contra Felipe, para favorecer el matrimonio de su hermano, el gefe del catolicismo y el caudillo de la reforma. Esperaba el primero que por su medio volvería la Inglaterra al gremio de que se separó: aseguraba públicamente el segundo que por su mano se negociaba este casamiento que, al dar á D. Juan de Austria el señorío de los Países-Bajos, afirmaba la exaltacion de la religion nueva, acrecentando los privilegios, prerogativas y esenciones en el gobierno y administracion de justicia. Y no se limitó el príncipe de Orange á vanos rumores. Escribió á Isabel, y segun se dijo con los mayores visos de fundamento, puso en correspondencia con Don Juan; cruzáronse cartas; vinieron y fueron regalos; los despachos de Inglaterra llegaban á manos del flamenco directamente, pasando luego á las de D. Juan de Austria; mientras que por espías dobles recibía las copias Juan de Vargas Mexía, embajador de España en Paris, enviándolas luego directamente al rey.

Pensaba Felipe II en los medios de enmiendar estas trazas peligrosas que daban ventaja á sus enemigos, comprometiendo la tranquilidad de sus reinos, cuando recibió nuevas pruebas de la impaciente ambicion de su hermano. Avisaba Juan de



Vargas Mexía al Secretario de Estado que algunas personas despachadas por el príncipe á París aparecían en público algunos días en cumplimiento de las comisiones de su encargo, y encerrándose después secretamente en el palacio del duque de Guisa mantenían largas y misteriosas conferencias. Súpose después que el objeto de estos viajes era una confederación entre los dos magnates con nombre de defensa de ambas coronas, bajo bases desconocidas: pero el verdadero fin de D. Juan de Austria era dejar la carga del gobierno de Flandes que cada vez se hacía mas pesada y espinosa, y conservar aquellos tercios veteranos para cuya detención en los Países-Bajos no había ya pretexto alguno, pero que convenía reservar para los no abandonados planes de la empresa de Inglaterra.

El príncipe entretanto escribía confidencialmente á Antonio Perez, manifestándole el sentimiento que le cabría si perdiese sus antiguos soldados; y creyéndole en su interés, le instaba para alcanzar pronta realización de sus designios. Aburrido en el gobierno de Flandes, anhelando un puesto que lisonjeara su sed de gloria y su ambición, deseaba dejar á cualquier precio aquellas provincias. Decíale en una carta de 10 de febrero de 1557: «resolutamente antes de quedar en aquel cargo, sino es entretanto que se provee persona para él, no habrá resolución que no tome hasta dejarlo

todo, y me iré á la corte cuando menos se cataren, aunque piense ser castigado á sangre» y añade luego: «sacándome de aquí me librarán cierto de incurrir en caso de desobediencia, por no pasar por el de infamia.»—Juan de Escovedo no dejaba tampoco de manifestar en sus cartas confidenciales al Secretario de Estado su disgusto y su impaciencia. Escribióle el 3 de febrero de 1557. «Tendría D. Juan por mas honrada cosa ir como aventurero con seis mil infantes y dos mil caballos á Francia que el gobierno de Flandes.» «Conservemos al que nos conserva y ayudemos al Sr. D. Juan donde le llevare el contento, y si fuere menester él irá á ayudar á las trazas.» «Habiéndose caído la empresa de Inglaterra todo ha de ser cansancio y muerte.»—Estas comunicaciones se descifraban en la secretaría de Estado por el famoso Hernando de Escobar, clérigo hábil encargado de este servicio.

Enseñábaselas Antonio Perez al rey, explicándole los puntos que pudieran aparecer en confusión. El enojo del soberano crecía contra Escovedo, autor ó instrumento de desapoderadas intrigas que daban mano á los extranjeros en los negocios de España. El mal iba tomando tal fuerza que se hacía necesario cortarlo de raíz para que no propagase su contagio.—En este tiempo y con tan poco favorables circunstancias llegó inesperadamente Juan de Escovedo á Santander y de Santan-



der á Madrid. Salió á recibirle por mandato del rey Antonio Perez, con encargo especial de vigilar sus pasos y de averiguar su conducta. Aquellos dos hombres hábiles y ambiciosos comenzaron á observarse mutuamente, mientras Felipe II aguardaba la confirmacion de sus sospechas para tomar una resolucion que diese fin á las turbulencias que se temian.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

## AMENA LITERATURA.

### UN BAILE

EN EL BARRIO DE SAN GERMAN

en París.

FRAGMENTO DE UNAS MEMORIAS INÉDITAS.

(Conclusion.)

—Ese jóven á lo que parece, dije á Luisa, nos mira á vd. con tristeza y á mi con ceño, por lo que le creo celoso de mi privanza momentánea... y tiene ciertamente una fisonomía que no quisiera yo hallar, en quien ha de ser mi enemigo.—¿Le teme vd. acaso?—No lo digo en ese sentido.—Lo creo, los españoles son valientes.—Y jenerosos.—A veces... por ejemplo, apostaré á que no le disgusta á vd. ver la triste figura de ese jóven.—¡Oh! dejémonos de apuestas, amiga mia, porque perderia vd. y lo sentiria yo mucho. Veo que no conoce vd. todavía mi caracter y no lo extraño, pero puedo asegurar á vd. que me

aflijiria en extremo desazonar seriamente á ese jóven.—¿Y crée vd. realmente que le desazonaria?—Creo que si—Entonces es menester separarnos... No lo digo por tanto, pues no creo que mi jenerosidad sea capaz de resistir á semejante prueba—ó por mejor decir estoy seguro de que sucumbirá, mal que le pese á ese desdichado galan.

Prosiguió nuestra conversacion en aquel tono superficial y lijero en que es siempre grato hablar á una muger hermosa para abandonarlo inmediatamente despues cuando se entra en el curso ordinario de la vida, donde seria seguramente insoportable, como lo prueba muy bien el ridiculo papel que hacen los que continuamente le emplean. A pesar del buen humor que aparentaba yo delante de Luisa, confieso que me aflijia sobremedera la visible tristeza del jóven que antes dije, y cuyas miradas nos perseguian siempre con una espresion entre colérica y suplicante. No tardé en conocer que apesar de las atenciones que tenian con mi portuguesa todos sus conocidos, nadie se detenía á hablar con ella mas de lo que exijia el estricto *décorum* social; todos, despues de los cumplimientos acostumbrados, la volvian inmediatamente la espalda. Desplegó sin embargo tantas gracias y tanta seducción en su lenguaje, que á no estar ya prevenido contra ella, creo que se hubieran realizado los temores de Enrique, pero bien conocí, apesar de su mucha astucia, que la preferencia que me mostraba no tenia mas objeto que el de obligarme á pagarla en la misma moneda, y mostrar de este modo á la sociedad que aun no estaba enteramente abandonada de adoradores. Dieron por fin las dos en todos los relojes del salon, y se retiró despues de haberme autorizado para que pasase al dia siguiente por su casa para continuar una discusion que habíamos entablado acerca de *la influencia de la literatura actual sobre las costumbres de los pueblos*. Era una de aquellas mugeres que hablan bien de literatura y de



todo.—Estas mujeres abundan mucho en el día.

—Séntime con su ausencia descargado de un peso enorme como si hubiera hallado de repente el aire que antes me faltaba para respirar. Empezaba entonces la orquesta a tocar un galop, y como tenía necesidad de movimiento y de agitación para conservar las doradas ilusiones que vagaban en mi cabeza, *sagué* á bailar á una señorita fresca y rosada como una mañana de primavera, y cuya frente serena anunciaba una alegría infantil y una tranquilidad de alma poco comunes á su edad, que parecía como de diez y siete á diez y ocho años. Estaba vestida de blanco; cubría á penas sus hombros una gasa azul celeste y coronaba su cabeza una guirnalda de flores. Salimos con la rapidez del relámpago, atravesando los tres salones consecutivos y rozando en nuestra rápida carrera multitud de trajes, cintas, gasas y espaldas desnudas, hermosas y perfumadas.—Era aquello un movimiento, un desórden arrebatador semejante á las fantásticas escenas que se suceden en la imaginación de un delirante. Difícil me hubiera sido responder de una manera positiva si me divertía ó no: caía el sudor de mi frente, y no eran ya apenas mis pies poderosos á sostenerme; érame además imposible hacer la menor flexión, y sentía sin embargo un placer vago, indefinible, semejante al que produce una música lejana en la misteriosa calma de la noche, cuando está el corazón oprimido y brilla una lágrima en nuestros ojos....

Uno de aquellos diminutos seres barbudos, generalmente conocidos bajo el nombre de enanos, bailaban también el galop con una dama cuyo codo de rosa y nieve circulaba sin tocarle sobre el cráneo del hombrecillo. Observa Sterne en su *viaje sentimental*, que el número de los enanos es muy considerable en París, y añadiré yo que no lo es menos el de los que tienen la necia manía de burlarse de ellos.—Y es en verdad un

resto de la antigua barbarie el aumentar con nuestro desprecio el anatema con que parece que ha herido la naturaleza á aquellos cuyo cuerpo es pequeño, y cuyas formas son irregulares. ¡Cuánto deben sufrir esos infelices, viéndose por un capricho de la suerte injusta, espuestos sin defensa á los crueles sarcasmos de una insultante mordacidad, de una crítica inmoral!.... Pero volvamos á nuestro enano.

No era este lo que llama nuestro poético historiador Solís un verdadero *error de la naturaleza*; pero no tenía arriba de tres pies y medio de alto.... Hé aquí todo su delito, todos sus títulos al ridículo y al desprecio de los hombres y de las mugeres. Mirábanle ellos y ellas con la mas escrupulosa atención, y se comunicaban luego en alta voz sus observaciones acerca del talle y gracias del hombre miniatura, riéndose de él á carcajada limpia, sin curarse en lo mas mínimo de si lo notaría ó no como de cosa indiferente.... Porque ¿no era pequeño aquel individuo y por consiguiente destinado por la naturaleza para hacer reír á los demás?... Se conocía que daban muy poco gusto á nuestro hombrecillo estos groseros insultos; verdad es también que no se los escaseaban. Un enorme coloso principalmente; un jóven de cerca de seis pies por lo menos, parecía con especialidad complacerse en irritarle; llevó una vez la insolencia hasta el punto de darle un fuerte cozcórron en la cabeza con el reverso de la mano, añadiendo al mismo tiempo con una seriedad burlesca.—Usted perdón.... No le habia divisado.—Lanzóle el ofendido una mirada terrible y tres dias despues el enano reía á carcajadas en la representación de una comedia de Moliere, y yacía el insultante coloso en el cementerio del Pere-Lachaise, atravesado el pecho de una escotada.

Hacia en todos los salones un calor inaguantable, con lo que estábamos todos muertos de sed; sirvieron algunos



criados para satisfacerlo, sendas tazas de té hirviendo; y casi nadie dejó de tomarlo, porque no hay máxima mas universalmente observada en el mundo que la de «*tomarás cuanto te dieren.*» Sin embargo lo que pedian entonces nuestros estómagos, era helados ó á lo menos agua fresca; pero no se va á casa de una princesa para satisfacer su propia voluntad; se toma lo que hay ó no se toma nada, que es lo mejor, pues así queda el dulce derecho de murmurar con lo cual se exala la bilis y se queda uno con su sed del mismo modo que antes. Todos en general, aun aquellos que no habian perdonado el té, y se habian ademas atracado de vizcochos y *sanguichs*, se quejaban entre dientes de que no hubiese helados, lo cual atribuian impertinentemente á una prudente economía de parte de la princesa. Por eso, sea dicho entre paréntesis, aconsejó á todos los que dan bailes, que den helados tambien, un baile sin helados es un jardín sin flores, una casa de campo sin villar ni biblioteca.

Cosa es digna de observarse la mucha intensidad que tomá el amor de la patria en el corazon de los que viven ausentes de la suya. Cuando se halla uno en pais extranjero y encuentra un compatriota, simpatiza naturalmente con él por la sola razon de que es *paisano* y porque su vista despierta en nuestro animo vagos recuerdos de infancia y de felicidad. Nosotros sobre todo graves hijos de la antigua Iberia, nos unimos naturalmente unos á otros y formámos donde quiera que sea una sociedad aparte, una sociedad enteramente española, donde se fuma y se habla en español y se habla de España y no se sufre ningun guirigai extranjero, ni nada que no tenga relacion inmediata con nuestro amado suelo: Claro está que esto solo se aplica á los verdaderos españoles rancios como vd. y yo, lector amigo, pero no en manera alguna á ese sin fin de Hispano-Galos, que la naturaleza por equivocacion hizo nacer entre

nosotros. Estos no solo no hablan en nuestra lengua cuando están en Francia sino tampoco cuando están en España, porque, ya se vé cómo la han de hablar si no la saben? ¿Y como la han de saber si no la aprenden?

Apenas supe que habia en el baile una señora española, cuando arrastrado por una fuerza irresistible, fui á suplicarla bailase conmigo el wals que empezaba á tocar la orquesta, á lo que respondió en su boca un castellano *con mucho gusto*, que me dió á mí mas gusto todavia. Todos al verla se apresuraban á pagar un tributo de admiracion á la jóven estrangera. ¡Qué hermoso talle! decia uno.—¡Qué pie tan invisible!.... murmuraba otro, y todos la seguian con la vista cuando giraba ligera como el céfiro en un wals voluptuoso. Yo me enorgullecía oyendo los merecidos elogios que tributaban á mi linda compatriota, y ella los escuchaba ruborosa, bajando al suelo sus hermosos ojos, sombreados de largas pestañas negras como el azabache.

Pero volvámos á hablar de nuestro poético jóven que me parecia ser, á no dudarlo, amante de la hermosa portuguesa.

Y casi era la verdad: he aqui la conversacion que ambos tuvimos apoyados sobre el mármol de una chimenea.—Tengo que hacer á vd. una proposicion que le admirará sin duda, caballero, y es la de balirnos mañana.—Mañana.—Si, mañana... pero no importa... estoy cansado de vivir y yo seré el que muera... Eso es justamente lo que yo deseo.—Es vd. muy jóven, sin embargo.—Y muy desgraciado!!!, respondió con voz sombría.—Pero esa proposicion me sorprende muy desagradablemente, con tanto mas motivo cuanto sospecho la causa que le mueve á vd. á hacérmela, causa en verdad muy infundada.—Ojalá fuera así!... pero vd. no conoce todavia á esa mujer... Yo sé todo lo que le ha dicho á vd. porque con solo el movimiento de sus labios



adivino sus palabras y en ellas he leído que ya no me ama... No es esto decir que le ame á vd... Oh!!! si así fuera, entonces no me batiría con vd, no!... entonces le daría la muerte!!! Pero en fin, ella ya no me ama y es menester que yo muera; tanto vale que sea á manos de vd. como de otro... Cuanto me diga vd. es inútil... ya estoy decidido, bien sé que debo parecerle á vd. un insensato.— No, dije para mi capote, pero has leído el *Vherter*, el *Antony*, la *Teresa*... no me admiro de nada.—Pero no lo soy, añadí tristemente. Soy infeliz y nada mas!... he consagrado toda mi existencia al amor de esa mujer, y esa mujer se burla de mi amor; ha alimentado en mi pecho una gran pasión... ha encendido en mi alma un terrible volcan, y ahora quiere apagarlo de un soplo... Ah! que mal he conocido su caracter! Yo creía que su alma simpatizaba con la mia, que sabría comprender toda la enerjia de mi amor... pero no, es una mujer vulgar que se complace en amargar mi vida, que me abandona como un vestido que ha usado una vez. ¡¡Maldicion!! Oh! no es verdad que esto es una infamia!—Veía yo lo mucho que sufría el infeliz diciendo estas palabras y no quise que habláramos mas del asunto; citámonos para de allí á dos dias en el *Bosque de Bolonia*.—Habíale yo pedido todo este tiempo bajo pretexto de arreglar mis asuntos, pero en realidad para probar durante este plazo si seria posible llegar á una reconciliacion, porque indudablemente tenia muy trastornada la cabeza mi pobre adversario.

—Estos son, dije entre mi, cuando nos hubimos separado, estos son los amargos frutos de la nueva literatura!! Así se corrompe la cabeza y el corazon de los jóvenes creando en ellos una falsa sensibilidad presentándoles continuamente imágenes de pasiones absurdas ó criminales. He aqui cual es la verdadera llaga que roe nuestro siglo de hierro y nuestra sociedad de lodo...

llaga incurable porque los hombres de mas jenio son los que mas se complacen en envenenarla y ahondarla con sus fuerzas gigantescas!!!

Despues de haber contado á Enrique mi aventura para que en todo trance me sirviese de padrino, me retiré á mi casa, lleno el corazon de amargura y indignacion. No me fue posible disfrutar un momento de sosiego por que continuamente me ajitaban sueños de horror y de sangre en medio de una espantosa pesadilla. La niña de quien hablé al principio de este escrito, se presentaba ante mis ojos, con el cabello tendido sobre la espalda y mas pálida que la muerte, vagando unas veces por un bosque deshojado en una fria mañana de noviembre, con los ojos desencajados, delirante y á punto de precipitarse en un torrente: los esfuerzos que hacía yo para contenerla me despertaban despavorido.... Luego me parecia hallarme en el fondo de una antigua catedral gótica, medio alumbrada con antorchas funerales, y creía oír el canto lúgubre del coro. Fantasma cubiertas de mantas negras rodeaban un catafalco mortuorio, donde yacía tendido el cuerpo de una vírjen, coronada de rosas, y envuelta en una mortaja mas blanca que la nieve. Veía allí cerca indolentemente apoyada la espalda en una de las pilastras de la nave un jóven perfumado y vestido á la última moda, hablando en voz baja con una muger.... El era el jóven que habia yo visto en el baile sentado junto á la madre de la pobre niña, y la muger.... no pude distinguir bien sus facciones, pero se parecia á la madre.

A cosa de las siete de la mañana logré descansar algun tanto; pero no tardó en entrar á despertarme mi criado quien me entregó una carta concebida en estos términos:

«Pido á vd. perdon de haberle importunado anoche con mis necias pro-vocaciones; estaba mi cabeza trastornada y un fuego letal corría por mis ve-



nas. En este momento me hallo mas «tranquilo y suplico á vd. con todo mi «corazon que me perdone... No vaya «vd. al bosque de Bolonia porque me «esperaría muy inútilmente. De usted «S. S.... etc. L.»

Esta carta aligeró algun tanto mi tristeza pero noté en ella un fondo de misterio, que, sin saber porqué, me parecia de funesto agiero. Resolví no ir a casa de Luisa á pesar de mi promesa.

De buena gana dejaria la pluma suspendiendo aqui esta narracion; pero faltan todavia algunos circunstancias que no quiero dejar ignorar á mis lectores, aunque si hay alguno entre ellos espuesto á ataques de nervios, le aconsejo que no pase adelante en su lectura.

Largos años hacia que habitaba yo la capital de la Francia, y todavia no habia visto el lúgubre edificio conocido bajo el nombre de la *Morgué*. Tres dias despues del baile fui á visitarle con Enrique. Inútil seria hacer aqui la descripcion de este horroroso y último asilo de los suicidas y los asesinados, cuya vista me inspiró no menos espanto que sentimiento. Por entre los cristales de las anchas vidrieras que separan á los muertos de los vivos, se veia una larga hilera de cadáveres todos desnudos hasta la cintura, y entre estos cadáveres habia uno que reconocí á primera vista, porque era el de nuestro jóven, amante de Luisa. Estaba horriblemente desfigurado, sus vestidos, pendian hechos harapos de una gran percha, y se conocia que habian estado mucho tiempo en el agua. El hombre encargado de velar sobre los muertos, estrañando sin duda la afliccion que veia en mi rostro, me preguntó si conocia á aquel jóven, á lo que respondí afirmativamente, y él entonces me entregó una carterita que se habia hallado en el bolsillo del frá del difunto, donde hallé varias cartas, un retrato y algunas tarjetas con su nombre y las señas del sitio en que vivia; *calle de la Harpe, posada de los estrange-*

*ros.* Pasé inmediatamente á la casa indicada, donde conté á la patrona esta dolorosa aventura que la afligió sobremanera, porque el pobre difunto debia tres meses del alquiler de su habitacion. Como no tenia pariente alguno en París, pagué al instante los tres meses á aquella muger y subí á la estancia del jóven.—Era esta una especie de boardilla situada en el quinto piso, donde todo llevaba el sello de una espantosa miseria: algunos libros, una caja de pinturas, un violin colgado á la pared, un caballete y algunos lienzos cubiertos con retratos de Luisa de diferentes tamaños, he aqui todo el menaje de aquella habitacion de un artista!... Supe por la posadera que sus padres le habian enviado á París para dedicarse al estudio de la pintura en el cual habia hecho brillantes progresos, pero que habiendo tenido la desgracia de encontrar en un baile á la irresistible Luisa, lo habia abandonado todo entregándose cuerpo y alma al amor de aquella muger;... que para brillar á su lado habia hecho enormes gastos, y que en fin sus padres le habian abandonado viendo que descuidaba sus estudios... Lo demas es inútil repetirlo.

En casa de una princesa del barrio de S. German habia conocido nuestro desgraciado pintor á la irresistible Luisa; y un baile en casa de la misma princesa, fue causa de su temprana muerte. ¡Qué terrible leccion para los jóvenes artistas que tienen mas talento que bienes de fortuna!...

Quando Luisa supo la muerte de su amante.—Es lástima, dijo, porque hacia bonitos versos y pintaba bastante bien!—Y nunca mas volvió á acordarse de él!... El corazon de aquella muger era árido como las arenas del desierto

EUGENIO DE OCHOA.



## UN MONARCA Y SU PRIVADO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO POR  
D. ANTONIO GIL Y ZARATE. (1)

En una sala de un meson á las inmediaciones de Aranjuez está hablando el posadero con la dueña de una señorita detenida en él antes de pasar á Madrid: la lluvia cae á torrentes entre truenos y relámpagos; y varios caballeros acuden á buscar un abrigo bajo el techo protector. Felipe IV y su valido el Conde-duque de Olivares vienen de incógnito á la capital, y no teniendo mejor que hacer y fatigados de la caza, van á sentarse á la mesa, cuando se presenta un D. Fernando de Cardona, guerrero en Cataluña, que pasa á Sevilla en busca de su novia con quien va á casarse. Convidale el rey á comer en su compañía y, no conociéndolo el hidalgo, admite su ofrecimiento, hablando con bastante libertad, mientras come, de la indolencia del monarca, de la mala reputación y peores manejos del ambicioso privado. Llega su criado á decirle que por la dueña doña Jesusa ha sabido que Serafina, su amante, está en el meson; y, levantándose para buscarla, deja solos á los dos altos personajes á quienes viene luego á sorprender el sonido de una guitarra y el eco de una voz dulcísima que la acompaña. Mira el rey por el ojo de la llave y vé un rostro de muger que le enamora: decidido llama á su puerta: sale Serafina y en vez de atender á sus palabras de ternura, recibelas con finos sarcasmos, intentando retirarse; pero D. Fernando llega, se reconocen; y el rey se vá, calmada la tormenta, loco de amores

por la jóven desconocida. El Conde-duque por servirlo, encarga al médico Andrés Leon, su confidente que no la pierda de vista hasta saber su habitación en Madrid. Llega en tanto la condesa de Olivares, oculta protectora de Serafina; descubre sus relaciones con Cardona; exigele que renuncie á ellas, revelándole que es su madre, aunque no puede confesarlo públicamente por ser su nacimiento anterior á su matrimonio; y cediendo á sus súplicas, consiente al fin en casarla con su amante, sin recatar de ambos su nombre y gerarquía, aunque exigiendo el secreto.

En el acto segundo habla el Conde-duque con su confidente: las malas noticias que amenazan su privanza no le asustan: el amor del rey á Serafina va á ser la tabla de su naufragio. A las primeras palabras de Felipe, conoce Olivares cuán en peligro está su valimiento. Su furor y confusión suben de punto, cuando en una academia de poetas convocada por orden del monarca, aconseja éste que se represente una comedia cuyo argumento da él mismo, y cuyas alusiones conoce su privado. Quevedo lo abruma con insultos y sarcasmos picarescos; pero acabada la farsa peligrosa, sin perder su serenidad, el conde habla á Felipe de la hermosa Serafina, aviva sus memorias, ofrece que la verá porque sabe donde vive, y despues de acordar la separación de Cardona dándole un gobierno en Italia, conjura la tempestad con su complacencia y lisonja de los amorosos deseos de su señor.

En una sala de la casa de Serafina está aguardándola el rey en tanto que Andrés Leon, el confidente de Olivares, finje hacia la dueña un amor vehemente, acabando por pedirla y obtener una entrevista nocturna, para cuyo efecto se lleva la llave de una reja que á la calle cae. Al venir Serafina, sale el rey que se ha escondido en una habitación: asustada la jóven llama á los vecinos y á un alcalde que pasa con su ronda, creyendo que es un ladrón el atrevido caba-

(1) Representado por primera vez en el teatro del Príncipe el lunes 26 de abril.



llo. El alcalde reconoce al monarca y, saludándole cortesmente, sale de la casa dejando llena de sorpresa á la pobre Serafina. Felipe le revela su nombre, mas ni aun así logra conmover su corazón. Pero Cardona llega y, al ver á su amante en compañía de un hombre, se enfurece y le desafía: acepta el monarca y va á salir con él, cuando la asustada joven impide el duelo revelando á D. Fernando el nombre y calidad de su rival. Los celos del agraviado mancebo se exalan en libres y coléricas quejas, pero el rey le perdona su osadía en gracia de su valor, mandándole ir por la mañana á palacio á recibir la satisfaccion que le ofrece. Marcha Cardona á acompañarle por las calles solitarias, mientras que Andrés Leon con la llave que le dió la dueña, sorprende la casa, roba con otros hombres á Serafina y se la lleva al conde-duque. D. Fernando vuelve, y al saber de boca de doña Jesusa que el compañero del rey arrebató á su amante, corre á alcanzar el coche por si es tiempo, maldecido la doblez y perfidia del monarca.

Al empezar el acto cuarto, está pesados Olivares de la frialdad y disimulado enojo con que ha recibido el rey la noticia del rapto de Serafina; pero sus propios negocios le preocupan tambien: su mujer sale secretamente á deshoras sin saber á donde vá: los celos le asaltan. La condesa llega y aunque desea ir á ver á D. Fernando y á su hija que la esperan para firmar el contrato de matrimonio, tiene que refrenar su impaciencia porque el conde duque la manda aguardar hasta que él vuelva para ir á palacio. Resuélvese entonces á escribir á Serafina: una camarera le avisa la llegada de doña Jesusa y, dejando la carta empezada sobre la mesa, la recibe, oyendo con el mayor sobresalto la noticia del robo de la desamparada joven: la dueña se esconde cuando llega Olivares: turbada está la condesa y su marido lo conoce pronto: mándale que se vaya á ves-

tir y en tanto va á escribir algunos despachos: encuentra la carta olvidada por su mujer y al saber que tiene una hija pidele furioso esplicaciones. Cuéntale espantada la condesa que allá en Sevilla antes de casarse, volvía con sus amigas de su quinta: una turba de jóvenes dispó la alegre cabalgata: uno se lanzó tras de ella, y en un bosque y aprovechándose de su sobresalto consumó su crimen. No la deja acabar el conde duque: aquel joven era él: abraza enagenado á su esposa, pero conviértese en desesperacion su alegría al saber que su hija es la misma Serafina que ha puesto á disposicion del rey.—Felipe llega entretanto y al ver la turbacion de su privado le hace confesar la verdad del suceso: repréndele su complacencia servil y preséntale luego á su hija, relevándole de todos sus cargos, honores y dignidades.

Tal es en resúmen el argumento de este drama. Escenas del mayor interés suspenden la atencion del espectador, singularmente durante los tres primeros actos, porque en el último toma la accion distinto giro del que se espera. En esta produccion hay dos géneros sumamente distantes entre sí, el género español y el género romántico: la primer parte llena en nuestro entender todas las condiciones de una composicion dramática: la animacion, la intriga, el lenguaje, la naturalidad de las comedias antiguas cautivan el ánimo, sin ostentar los lunares que alguna vez oscurecieron las producciones de nuestros buenos ingenios; el desenlace no tiene estas cualidades. Es violento, violentísimo el origen de Serafina: en medio de un camino público perseguir un caballero de aquel tiempo á una joven, y violarla tranquilamente entre los árboles, y ser este caballero el futuro valido del rey, y nacer una niña de su crimen, y sin saberlo casarse el violador con la víctima, y ocultarse por diez y siete años esta aventura, y descubrirse al fin de tan extraño modo, choca con el sentido del pú-



blico y parece absurdo para cualquiera. El autor ha tratado de alcanzar con esto un gran resultado, pero no ha conseguido su fin. Las situaciones violentas y falsas no conmueven; al contrario, deshacen la ilusion producida por las escenas anteriores. Para producir la caída del privado, para hacer triunfar á Cardona no se necesitaba ese resorte que podia, causando mas efecto, haberse empleado de mejor manera. Lástima es ciertamente que haya este lunar que desfigura el drama.—Sin embargo notamos con sumo placer que en cambio de esta concesion á la moda romántica que produjo, en su apogeo, á *Carlos II*, reina en casi toda la pieza un perfume español puro y castizo, una abundancia de fuerza cómica y de naturalidad elegante que anuncian la mas provechosa transformacion en el gusto del Sr. Gil y Zárate. Y no puede menos de ser así. Los poetas que tienen recursos para brillar con justicia en el teatro, pueden ceder por algun tiempo á las exigencias de la moda, pero sin dejarse esclavizar por ella.

Todas las escenas con la dueña doña Jesusa, son bellísimas: tienen gracia y naturalidad que son tal vez las cualidades mas raras y difíciles en un drama. Las dos entrevistas del rey con Serafina, ostentan lujo de agradable cortesania y de brillante gracejo. Aparte de algunos descuidos, la versificacion es en general correcta, y trozos hay de la mas armoniosa y florida poesia.

La ejecucion por parte de D. Julian Romea fué lo que es siempre, muy buena. Su aire ligero y magestuoso á la par retrataba bien al monarca disoluto y altanero. Su hermano conseguiria hacer mucha mas impresion, si olvidase al declamar los versos cierta entonacion algo afectada, puesto que tiene inteligencia y sultura. El señor Sobrado, excelente en sus papeles de soldado y majo andaluz, no sirve para representar comedias antiguas: tuvimos lugar de notarlo cuando hizo el papel de D. Juan en la pieza intitulada: *A secreto agravio, secreta ven-*

*ganza*: en el drama que analizamos ahora, hizo bastante mal su parte de Calderon, no retratando en manera alguna al grande y atrevido poeta. Esto no es culpa suya sino de la empresa de teatros que da á ciertos actores lo que no está hecho para su especial disposicion. Tampoco nos gustó su vestido, y es lástima á la verdad, pues contrastaba con los de Romea y Luna, apropiados á la época.

La separacion de las empresas, la rivalidad que divide ambos teatros, no pueden menos de ser provechosas para el pueblo: noble emulacion animará á los actores é inspirará á los poetas: por de pronto hemos ganado ya un drama del Sr. Gil y Zárate, y se anuncian otros que al par que deleite al público, producirán, lo esperamos, acrecentamiento de fama para su autor.

LÚCULO.

## LICEO.

El sócio de la seccion de pintura don Antonio María Esquivel, á quien el Liceo protegió en su desgracia, cual exigia su talento y servicios prestados á la sociedad, acaba de regalar un cuadro que representa *la caída del ángel malo*, primera obra que ha pintado despues de su restablecimiento, para que se conserve una muestra de su gratitud á los favores que justamente le ha dispensado el Liceo. La sociedad á quien se presentó el cuadro el domingo pasado, acordó por aclamacion á Esquivel un voto de gracias, y que se publique en los periódicos la carta con que le remitia, á fin de que todos los que tomaron parte en la triste suerte que por algun tiempo cupo á este artista, conozcan su agradecimiento y que no socorrieron en vano su desgracia.



CARTA DEL SOCIO D. ANTONIO ESQUIVEL  
AL LICEO ARTISTICO Y LITERARIO DE  
MADRID.

«No como equivalente de una cosa que  
«por su consideracion y oportunidad  
«no tiene precio, sino como muestra de  
«la profunda gratitud que escitó en mí  
«el generoso desprendimiento del Liceo  
«de Madrid en la época de mi desgra-  
«cia, tengo la honra de ofrecerle la prime-  
«ra obra que emprendí despues de mi  
«reestablecimiento. Si la mano obede-  
«ciera esactamente al corazon y el en-  
«tendimiento á la voluntad, sería una  
«obra maestra; pero ya que á mi débil  
«talento no sea dado reproducirla dig-  
«na del objeto á que la consagro, supla  
«la benevolencia del Liceo lo que en  
«ella falta y recíbala como sincera es-  
«presion de los sentimientos que hácia  
«él me animan.—Madrid 25 de abril de  
«1841.—Antonio Esquivel.»

La sesion del jueves, casi improvisa-  
da por no haber dado aviso con opor-  
tunidad de que se ausentaba de Madrid  
el maestro encargado D. Lorenzo Zamo-  
ra, ha sido de las mejores de su clase.  
Tomaron parte en ella las señõnitas  
Doña Eufemia Lopez, Doña Antonia  
Temprado, Doña Ramona Galloso de  
Quesada y Doña Rosalia de Medek que  
ejecutaron varias piezas de piano; Doña  
Antonia Campos y D. José Castellano,  
que cantaron un duo de *I Capuletti é  
di Monteschi*, y el último un aria de  
*Olivo é Pascuale*; la señorita Doña Ma-  
nuela Catalan que cantó una cavatina de  
*Lucia de Lammemoor* y Doña Manuela  
Lema de Vega, que cantó la cavatina  
de *la Fausta*, siendo notable que esta  
última pieza se ejecutó á la memoria, sin  
que por eso dejase de arrebatarse á la  
sociedad que la aplaudió con entu-  
siasmo.

Los maestros D. Mariano Martin y

D. Basilio Basili, contribuyeron no po-  
co al brillante resultado de la sesion, y  
tanto ellos como los demas que tomaron  
parte merecen el mayor elogio por  
su condescendencia puesto que todo  
se hizo sin ensayo ni preparativo de  
ninguna especie.

## ALBUM.

TEATRO DE LA CRUZ.—Dos novedades  
hemos tenido en la última semana; la  
opera titulada *Maria de Rudenz* que no  
gustó porque es una opera que requiere  
para su ejecucion una compañía de mas  
fuerza que la que tenemos en la actuali-  
dad, y la salida de doña Juana Perez con  
el *Pilluelo de Paris* y una pieza nueva en  
un acto traducida del francés titulada *la  
Molinera*; nada diremos de la Perez ni  
del *Pilluelo*; la actriz y la comedia son  
ventajosamente conocidas y el público  
durante la representacion se manifestó  
muy complacido y obsequioso. *La Moline-  
ra* es de lo mas malo de su especie que he-  
mos visto hace algun tiempo; ni tiene inte-  
rés el argumento, ni gracia, ni nada: todo  
se reduce á una muchacha dueña de  
un molino que está enamorada de un  
sobrino suyo muy simple á quien no  
puede hacer por ningun medio que se  
le declare, á un marques muy ridículo  
que la hecha de calavera á los sesen-  
ta años y enamora á la molinera, y la  
muger de este marques que todo lo  
arregla para que los del molino se casen.  
Al final la Perez, que hizo lindamente  
de molinera, pidió al público que dejase  
el silvar para otro dia y el público  
no podia negarse á una peticion hecha  
con tanta gracia; aplaudió pues, pero no  
aplaudíó la pieza.

## DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.